

El crismón o cruz de Baena

Por Juan Antonio BAIEN GARCIA

El crismón o cruz de Baena fue hallado en Izcar en la tumba de un clérigo del siglo VI. Lo menciona Valverde y Perales en su **Historia de la villa de Baena**. También lo inserta la **Historia de España** de Espasa Calpe en su tomo III, pág. 694. Igualmente se encuentra en el Espasa Calpe, tomo 21, pág. 907, con un pie fotográfico que dice: «Crismón visigodo de Baena. (Museo Arqueológico Nacional, Madrid)».

Todos los autores lo encajan dentro del llamado arte visigodo, aunque en ninguna de estas obras mencionadas se encuentra su significado ni las razones que los mueven a insertarlo dentro del estilo visigodo si no es en razón de su época: siglo VI. Pero en Córdoba, y más concretamente en su Campiña, el «visigotismo» es tan escaso que apenas se encuentran trazas de él. Por ello apelamos en apoyo de nuestro aserto al no considerar el crismón de Baena como visigodo, a varios autores de renombrado prestigio sobre la historia de nuestra tierra.

Matilde López Serrano, en su estudio **Arquitectura y escultura visigoda**, dice lo siguiente: «Las iglesias y las esculturas del siglo VII y los grandes tesoros de Guarrazar y Torredonjimeno ofrecen un arte representativo de marcada fisonomía propia. El siglo VII, uno de los más oscuros de la historia de Europa, fue en España una época de cierto apogeo, uniendo en un arte netamente español la fuerza propia del genio nacional y la suntuosidad del Oriente cristiano, es decir, un arte que no tiene nada de germánico, sino que es de puro abolengo hispanorromano aunque con numerosos elementos norteafricanos y bizantinos».

También Leví-Provençal, refiriéndose a las excavaciones realizadas en Córdoba, dice: «Los visigodos no tuvieron tiempo de echar raíces profundas en suelo ibérico, ni las circunstancias eran propicias al desarrollo artístico. A juzgar por las pequeñas iglesias campesinas y por los restos

encontrados, la aportación de los pueblos germanos que invadieron la España romanizada fue de escasa importancia».

Si esto lo dice Leví-Provençal de España en general, ¿qué diríamos nosotros de Andalucía en particular con ciento cincuenta años de menos en ese hipotético proceso de «visigotización»? Simplemente lo que corrobora el eminente arabista cordobés don Rafael Castejón (*Historia de España*, de Espasa Calpe, t. III, pág. 340): «A profundidades variables entre seis y tres metros, según los lugares, aparecen ruínas de construcciones romanas, solerías de mosaicos, fragmentos decorativos de piedra y mármol, etc., casi siempre con huellas de incendios [...] Una gruesa capa de escombros y tierra separa estos restos de los mucho más humildes de la ciudad islámica, cuyo suelo hállase a dos o tres metros bajo el actual. Entre ambos es muy difícil encontrar vestigios del suelo de época visigoda».

Se deduce, pues, que Andalucía, tras la caída de los valientes orospedanís (los andaluces de aquella época aliados con Bizancio), en la época de Leovigildo, es generadora de la cultura romanocrisiana, último foco hispano de esta cultura personalizada por San Isidoro de Sevilla. El crismón, pues, es uno de los últimos eslabones de nuestra cultura romano-cristiana, y como tal hemos de considerarlo pese a que en el mismo tiempo naciera en Córdoba el último rey visigodo, don Rodrigo.

El crismón «béticocrisiano» de Baena es un anagrama del nombre de Cristo realizado en bronce. Su tamaño es de 34 x 25 cms., y como ya hemos dicho, fue hallado en Izcar en una tumba del siglo VI. Esta cruz símbolo es quizás la más acertada composición anagramática del nombre de Cristo realizada por los cristianos (¿por los «orospedanís» de la Campiña?). Por supuesto es pieza única de indudable valor histórico por su representatividad litúrgica y mística.

Como se sabe, el nombre de Cristo en griego es, fonéticamente, XRESTOS, y la abreviatura de su grafía es XPTO. En esta grafía abreviada se basaron los antiguos cristianos andaluces para formar una cruz como la que nos ocupa y que nosotros «despiezamos» en sus elementos constitutivos que, en este caso, son las letras griegas, X (ji), P rho), T (tau) y O (ómicon). Las figuras que adjuntamos dan una idea más clara de esta habilísima composición que en su conjunto forma la bella cruz llamada «crismón de Baena». Las letras que pendulan en el palo crucero son la alfa y la omega, primera y última letras del alfabeto griego: principio y fin de todas las cosas. Es decir, la naturaleza divina de Cristo añadida a su nombre que conforma el símbolo universal del cristianismo: la Cruz. Todo un acierto. Esta maravilla es difícil que se les hubiera ocurrido a los rudos y toscos visigodos arrianos.

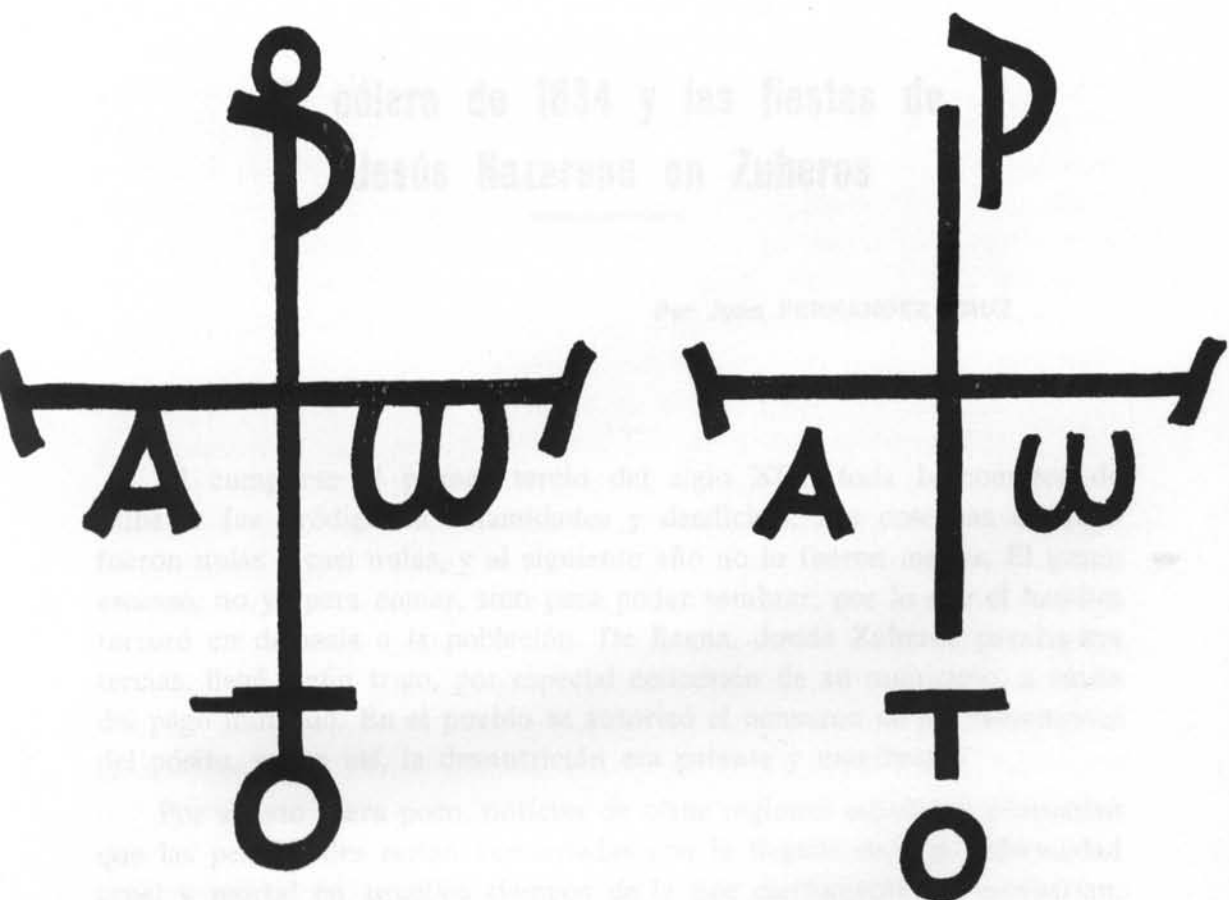


Fig. 1

Fig. 2

Fig. 1. El crismón tal como lo concibieron los béticocristianos.

Fig. 2. El crismón "despiezado" en sus elementos constitutivos.

X-P-T-O, más la "alfa" y la "omega".